

purificada, conducida por una niña ó por un ángel que tenía las facciones de Elisa, hasta el trono de Dios.

Sola ya, amortajó el cuerpo que iba á ser devuelto á la tierra, y le extendió de nuevo sobre el lecho, donde durante diez y ocho meses le había visto agitarse y sufrir; mas en el instante en que terminaba aquellos lúgubres cuidados, llamaron á su puerta.

Era su vecina, la viuda Robert, que le dijo sencillamente:

—Vengo á velar con vos á vuestro esposo y á rezar por él.

## XVIII

### La recompensa.

El helado y rudo invierno ha llegado; los paseantes se apresuran y corren para evitar el áspero cierzo que hiela y corta como un cuchillo; un frío de Siberia reina en la calle; mucho frío hace en las bohardillas de las pobres gentes, y sin embargo, el cuarto de la viuda Robert no presenta un aspecto demasiado triste; el fuego canta en la estufa, la atmósfera es tibia; una lámpara, puesta

sobre la mesa, reparte una viva claridad sobre un grupo laborioso y recogido, compuesto de dos mujeres y una niña.

Esta última, de edad de once años, tenía una figura encantadora, ingénua y dulce, que Greuze hubiera retratado de buena gana; trabajaba con una ardiente aplicación en una obra de punto de media, que visiblemente crecía entre sus hábiles dedos; á su lado se hallaba sentada Josefina Robert; la mirada tierna y atenta con que cubría á la niña, el gesto acariciador con que se inclinaba sobre su hombro para examinar su trabajo, todo revelaba á la madre, aunque no hubiese gran semejanza entre aquel semblante pálido y fatigado guarnecido de cabellos grises, y las facciones graciosas, la frescura delicada y los cabellos oscuros y rizados de la niña, así como tampoco existe entre el tronco añoso del árbol y la rama florida que del mismo brota.

La madre robaba á su trabajo los momentos que empleaba en contemplar á su hija; el crochet de marfil, después de un segundo de suspensión, continuaba su marcha, y un chal de vivos colores adelantaba rápidamente bajo aquellos dedos laboriosos.

Un poco oculta por la sombra, se hallaba otra mujer que manejaba igualmente la lana y las agujas, y trabajaba con una asiduidad constante; mas cuando alzaba la cabeza, cuando buscaba con la mirada á sus compañeras, apenas se podía reconocer á Eufrasia, tan satisfecha y tranquila parecía.



¿Habían ya pasado los malos días de aquel ser infeliz?

¿Había desaparecido la pobreza?

No: los vestidos de la antigua reclusa, aquellos vestidos de viuda, eran bien miserables; sus manos trabajaban sin descanso, su actitud era la de la obrera que no posee otra cosa en el mundo más que su labor: su bohardilla, situada, como ya hemos dicho, al lado de la que habitaba la viuda Robert con su hija, era indigente, fría, desnuda como otras veces, y no obstante, todo había cambiado: un soplo bienhechor había pasado sobre esta existencia, y parecido á las brisas de mayo, al pasar sobre ella había hecho nacer sobre el suelo desnudo y árido el verdor y las flores.

Esta transformación databa de la velada funesta en que Josefina Robert había acompañado á la viuda de Fernando Lahousse.

Aquella caritativa mujer no la abandonó, ni durante la noche, larga y pasada en oración, al lado del ataúd, ni al día siguiente cuando tuvieron lugar las últimas ceremonias; después, al volver del cementerio, cuando la viuda se disponía á volver sola á su cuarto solitario, Josefina la atrajo dulcemente hacia ella, y la llevó hacia su propia habitación, diciéndole:

—Ya somos viudas las dos; esta es una razón para que seamos amigas; venid á comer conmigo, después iremos á poner todo en orden en vuestro cuarto, y en seguida vendrés á trabajar á mi lado: no podéis es-

tar sola porque eso sería demasiado triste para vos.

Eufrasia enrojeció de vergüenza, y quiso resistir á la mano que la atraía.

—¡Vos no me conocéis, Josefina,—murmuró con los ojos llenos de lágrimas,—no sabéis lo que he hecho!

—Ya lo sé,—respondió la viuda;—no he faltado quien ha venido á decírmelo; más Dios perdona, ¿por qué no he de olvidar yo?

Desde aquel momento, después de aquellas palabras, una amistad profunda nació entre aquellas dos mujeres que habían seguido en la vida caminos tan diferentes.

Nada más tranquilo y apacible que la senda por donde había marchado Josefina; no había faltado la cruz para su hombro, mas la cruz no es jamás un obstáculo ni una barrera; la cruz es un fanal, un estandarte que conduce al fin.

Era hija de padres obreros, pero buenos y de vida arreglada, y que á pesar de su humilde posición jamás habían abandonado la fe y el honor; Josefina recibió una buena educación; es decir, que se la instruyó bien en sus deberes, y se la hizo practicar la virtud; huérfana, se casó con un relojero, con quien hubiera vivido muy dichosa si la salud de su marido no le hubiera causado continuas inquietudes; su dicha no tenía ni seguridad ni base.

Josefina tuvo que llorar la muerte de tres hijos, y experimentó días de dolor amargos, de gran pobreza y de profunda desolación,



ya pensase en el pasado, ya en el porvenir; pero Dios, á quien ella se confiaba, proveyó á todo, y cuando después de quince años de matrimonio, perdió á su marido, halló una poderosa razón de vivir, puesto que le quedaba una niña, la última y la más preciosa.

Josefina vivió y trabajó por ella y para ella; y su labor constante, su rigurosa economía, le adquirieron en pocos años una especie de bienestar, que procuraba aumentar para Cecilia.

Entonces fue cuando la pobre Eufrosia llegó á ser su vecina, y aunque ambas estaban á los ojos del mundo sin posición y sin fortuna, existía, sin embargo, un abismo entre la reputación pura, la virtud severa y el trabajo hábil y retribuido de la una, y la existencia marchita, el arrepentimiento agitado y la labor miserable de la otra; no obstante, se reunieron, se amaron y las existencias de las dos se confundieron.

La pobreza de Eufrosia y su actitud tímida habían escitado la piedad de la viuda; le prestó desde luego algunos servicios, pero con prudencia, porque empleaba su experiencia de la vida en librar á su hija de toda influencia perniciosa.

La llegada de Fernando la contuvo también; pero la proximidad de las dos habitaciones le permitía observar y admirar algunas veces la abnegación y la paciencia de Eufrosia; veía su miseria, oía las palabras groseras que recibía por recompensa de sus cuidados; adivinaba sus penas, y no tardó

en saber, por efecto de esa promiscuidad que existe entre los pobres, qué crimen y qué castigo habían pesado sobre su vida; empezó á amarla al saber que era tan miserable, y al verla tan resignada, y en el momento en que Eufrosia se creía abandonada de todos, en el momento en que los duros reproches de su marido la habían envilecido á sus propios ojos, en el momento en que se juzgaba indigna de interés y de piedad, en aquel momento, una amiga fue hacia ella y la tendió la mano.

La afección y la caridad de la viuda llevaron á la existencia de Eufrosia un cambio inmenso: se hallaba aniquilada de cuerpo, de alma y de recursos; todas sus facultades se encaminaban á un solo fin desde hacía muchos meses; á la conversión de su marido: este fin lo había conseguido, y ahora sus facultades eran inútiles y parecían aniquiladas; ya no se sentía con fuerzas para trabajar ni para soportar la pesada carga de la vida; era preciso que algún otro le ayudase, y Josefina fue la ayuda que le envió la Providencia.

Manifestó estimación á Eufrosia, y la levantó; le demostró amistad, y le inspiró el gusto de la vida; la soledad, en la cual la antigua reclusa había vivido, cesó; pasaba los días en casa de Josefina; y ésta, que manejaba con igual talento el estambre, el crochet y la lanzadera, enseñó á su compañera trabajos más fáciles y mejor pagados que los que hasta entonces le habían dado el pan;



los bolsillos estaban separados, pero la existencia era casi común.

La amistad tierna y caritativa de una parte, agradecida de la otra unió sus corazones, mas la cadena indestructible que los ligaba sobre todo, era una profunda religión; Josefina había amado siempre á Dios, y le había servido desde los días de su infancia con un amor sencillo y filial; pertenecía á ese pequeño número de seres dichosos que han llevado desde la infancia el yugo del señor. Eufrosia arrancada al crimen y á la desesperación por la voz dulce y elocuente del Salvador, tenía la piedad de las almas penitentes, temía mucho, amaba más aún, y aquellas dos pobres viudas, en sus largas horas de trabajo, gustaban hablar del Padre querido que velaba sobre ellas; las noticias del mundo, la moda, la política, los placeres, les eran desconocidos; se preocupaban sólo de lo invisible, y les agradaba hablar de esa patria, en la que la inocencia y el arrepentimiento encuentran igualmente una morada.

Otra afección las unía aún; la niña que crecía entre ellas, que las alegraba con su alegría, que las asombraba con sus pequeños conocimientos y su razón precóz, que las enternecía por su bondad y sus maneras acariciadoras, era para Eufrosia casi tan amada como si la hubiera dado ella misma á luz; mas por una singular delicadeza, apenas se atrevía á demostrarla su amor; pareciale que no tenía ella el derecho de amar á un

niño... y no obstante, amando á Cecilia era Elisa á quien amaba; á Elisa que hubiera contado su misma edad; estos dos sentimientos se mezclaban y se confundían de una manera tan extraña en su alma, que algunas veces estaba celosa de Cecilia por Elisa, y le parecía que era un amor robado á su hija el que profesaba á la hija de su amiga.

Esta afección tímida no se expresaba con palabras; jamás se hubiera atrevido á decir á Cecilia: *¡Abrázame!* pero tenía por la niña mil cuidados, los cuidados á la vez de una madre y de una criada; calentaba sus zapatitos, componía sus vestidos y sus delantales, la conducía cuando llovía bajo su paraguas; si salía, un minuto de tardanza la inquietaba; se privaba de mil cosas, y ahorrraba de sus pobres medios para comprarle una estampa, un libro, una cestita para la labor, y cuando la niña iba á ella y la abrazaba con todo su corazón, temblaba de alegría y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Frecuentemente, Eufrosia lloraba en la soledad de sus noches, pensando que su hija reposaba en el ataúd, y que la que ella amaba tan tiernamente, le era extraña, que sus caricias eran la limosna de la piedad, una gota de agua concedida á la sed de amor maternal que la consumía.

—Si yo hubiera tenido hijos, ¡cuánto les hubiera amado!—se decía;—y sin embargo... ¡oh, Dios mio perdón!

Este sentimiento iba creciendo en el alma